

LIBRO CUADRAGÉSIMO TERCERO

EL MINISTERIO DEL 10 DE AGOSTO Y LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES DEL IMPERIO

- SUMARIO: I.—El ministerio Palikao. —Medidas militares votadas por las Cámaras: nuevas formaciones: 12.º cuerpo, 13.º cuerpo, primeros elementos del 14.º cuerpo. —Medidas adoptadas para el caso de un sitio: fortificaciones, tropas, abastecimientos. —Medidas económicas y financieras.
- II.—El gobierno interior. —Algunas intrigas demagógicas: Marsella, Lyon; tentativa de insurrección en la Vilette (4 de agosto). —El cuerpo legislativo: disposiciones que reinan en él: veleidades de emancipación y nuevas pruebas de docilidad: moción Keratry (22 de agosto). —El espíritu público: ansiosa espera: transformaciones que cambian la vida diaria y el aspecto de París: estado nervioso é impresionable: rumores de traición: los espías. —Los departamentos: rumores que en ellos circulan y acusaciones extraordinarias que en ellos hallan crédito.
- III.—Las negociaciones diplomáticas: proyecto de alianza entre Austria é Italia: cómo es discutido este proyecto al comienzo de la guerra. —Negociaciones en Metz; cómo Francia objeta á la vez la lentitud de la cooperación y, sobre todo, las estipulaciones relativas á Roma. —Vacilaciones que subsistían en Viena y en Florencia y que, aun en el caso de una aceptación completa del proyecto, habrían hecho muy inseguro el socorro. —Cómo se tiene noticia de las derrotas del 6 de agosto.
- IV.—Austria: cómo, después de nuestras derrotas, no tiene más preocupación que no comprometerse. —Italia: en qué difiere su condición de la de Austria: nueva petición de Francia y cómo es declinada. —Italia quiere substraerse á toda sugestión ulterior de Francia: fija sus miradas en Inglaterra. —Disposiciones de Inglaterra desde los comienzos del conflicto. —Cómo imagina el gabinete de Londres la idea de la *Liga de los neutrales*; en qué consiste: cómo es adoptada.
- V.—Cómo la *Liga de los neutrales*, aun aislando á Francia, habría podido facilitar la obra de la paz. —Obstáculos que se oponen á toda negociación: disposiciones de Prusia; disposiciones de Francia. —Misión del príncipe Napoleón en Italia: su partida para Florencia (19 de agosto).
- VI.—Rusia: qué concurso de circunstancias parecía prepararla para el papel de mediadora. —Alejandro II: lo que mantiene y fortalece sus simpatías prusianas. —Neutralidad amenazadora subordinada á la de Austria. —Cómo nuestras derrotas hacen que el zar y el gobierno ruso se inclinen un poco hacia Francia: síntomas de mudanza de pensamiento: en qué resulta esta mudanza muy incierta y alternativas que ofrece. —Idea de aprovecharse del conflicto para substraerse á las estipulaciones del tratado de París. —Cómo las buenas voluntades se evaporan en palabras y cómo Francia no puede contar más que consigo misma.

I

Durante ese mes de agosto de 1870, Bazaine en las inmediaciones de Metz y Mac-Mahón en la Champaña absorben todos los pensamientos, y todo cuanto á ellos no se refiera parece detalle fatigoso ó cosa insignificante; y, sin embargo, la plena inteligencia de los acontecimientos exige que nos apartemos de los lugares en donde se desarrolla el gran drama y que no olvidemos á los que preparan los nuevos recursos, dan firmeza al gobierno y tratan de preservar contra las acometidas del infortunio los restos de las antiguas alianzas. Esta misión incumbía al ministerio Palikao, á quien correspondía renovar los efectivos y rehacer nuestro aparato militar, ya para las operaciones en campo raso, ya para el caso de un sitio. A esta vigilancia, la primera de todas, añádase el cuidado de defender el Imperio, no tanto contra los ataques de sus enemigos como contra las dudas, las tibiezas y los abandonos engendrados por la derrota. Finalmente importaba espíar en el exterior los menores síntomas de buena voluntad y aceptar á tiempo todas las amistades, si por acaso había alguna más fuerte que nuestras desgracias.

Se había emprendido la guerra contra un ejército doble del nuestro, y las derrotas, al desorganizar una

parte de nuestras fuerzas, habían hecho más sensible esta desventaja; urgía, pues, buscar en todas partes hombres disponibles, y á este efecto votóse en 10 de agosto una ley que mandaba la incorporación inmediata del contingente de 1870. Además, todos los ciudadanos de veinticinco á treinta y cinco años, solteros ó viudos sin hijos, que no formaban parte de la guardia móvil, fueron llamados al servicio activo. Pocos días después se descubrió que los jóvenes redimidos de los reemplazos de 1865 y 1866 quedaban fuera de la guardia móvil, é inmediatamente se les incorporó á ella. Resolvióse asimismo que los enganches voluntarios podrían contratarse sin ningún límite de edad, salvo los casos de enfermedad ó invalidez, y finalmente restablecióse en todos los departamentos la guardia nacional, de la cual formarían parte todos los hombres menores de cuarenta años (1).

Tales fueron las medidas legislativas: merced á ellas habría soldados; pero éstos serían en su mayoría inexpertos, y mientras recibirían instrucción, tal vez acabaría de perderse todo. Lo más apremiante había de ser utilizar lo más pronto posible los cuadros existentes,

(1) Leyes de 10, 12 y 18 de agosto (*Bulletin des Lois*, 1870, números 1841, 1843, 1848).

hacer entrar en ellos á los viejos militares, á los reservistas, á todos los que estaban algo instruídos, y proceder á nuevas formaciones. A principios de agosto se había creado el 12.º cuerpo que, según hemos visto, había llegado ya al campamento de Chalóns; y el 16 del propio mes comenzóse á organizar el 13.º bajo el mando del general Vinoy, cuyo núcleo formaron dos regimientos excelentes, el 35.º y el 42.º de línea, recién llegados de los Estados romanos, constituyendo el resto varios cuartos batallones agrupados en *regimientos de marcha*. De este modo se organizaron tres divisiones: la división Exea, que el 25 de agosto partió para Reims; la división Blanchard, que el 29 se dirigió á Mezieres; y la división Maud'huy, que poco después había de emprender la misma dirección (1). Al propio tiempo se renovaron los primeros elementos del 14.º cuerpo, que había de estar á las órdenes del general Renault.

Aún había hombres tan ilusos que soñaban con lejanas operaciones; así en la memoria explicativa del general de Palikao encontramos la huella de un proyecto de incursión en el gran ducado de Baden (2), plan que si podía justificarse al principio de la campaña, después de las derrotas era simplemente una aventura temeraria. El peligro estaba muy cerca de nosotros, pues la invasión enemiga en Champaña denotaba la proximidad del sitio; de aquí múltiples y abrumantes cuidados, ya que era preciso atender á las fortificaciones, concentrar en la ciudad los defensores y reunir finalmente provisiones de toda clase, teniendo en cuenta necesidades jamás igualadas.

El gobierno de Luis Felipe había rodeado París de un recinto fortificado y construído además una serie de fuertes, pero con el tiempo los perfeccionamientos de la artillería habían hecho insuficiente la obra de 1840. En esto había estallado la guerra, y en 15 de julio encargóse al general Chabaud-Latour la misión de inspeccionar los trabajos de defensa y de ponerlos en las debidas condiciones, habiéndose creado además varias comisiones especiales. Entonces no se creía aún en el peligro y estas medidas parecían un lujo de prudencia; pero con las derrotas nació la alarma. El estado de sitio permitió apropiarse, sin las formalidades legales, de los terrenos necesarios para construir delante de los antiguos cuatro nuevos fuertes y siete grandes obras (3), y como los oficiales de las armas generales estaban en su mayor parte con Bazaine ó con Mac-Mahón ó en las plazas de la frontera, se les substituyó con ingenieros civiles. La ciudad de París facilitó los suyos y proporcionó también los obreros, que, según cálculos muy probables, eran, en 16 de agosto, en número de 16.000 y de más de 25.000 el día 25. Con una actividad algo tardía, pero desde aquel momento infatigable, se fortificaron las murallas, dotándolas de cañones, y se acopiaron en los fuertes piezas de artillería, pólvora y proyectiles (4). En el entretanto, habíase constituído en

17 de agosto el consejo de defensa, del que no tardó en ser presidente Trochu.

Para defender las murallas, llamóse á todos los hombres capaces de combatir, habiéndose expedido á los prefectos marítimos, al día siguiente de Freschwiller, el siguiente despacho: «Organizad las tripulaciones de los buques en batallones y tenedlos dispuestos á venir en el más breve plazo posible (5).» Así fué que durante todo el mes de agosto llegaron por destacamentos los marinos, los cuales fueron distribuídos en los fuertes, en donde dieron inmediatamente ejemplo de laboriosidad y de disciplina. «En los fuertes se observará el régimen de los barcos de guerra,» decía el reglamento que redactó para sus marineros el vicealmirante de la Ronciere le Noury (6). De este modo se reunieron 8.000 hombres divididos en doce batallones, y á estas valientes tropas se agregaron la artillería de marina, ó sea un millar de hombres, y algunos batallones de infantería de marina que no habían sido englobados en la organización primitiva del 12.º cuerpo. Además, á fines de agosto serían puestos á la disposición del ministro de la Guerra los guardabosques y los aduaneros, formando un total de 3.000 hombres escogidos; y, por último, la gendarmería, la guardia municipal de á pie y montada y los agentes de orden público proporcionarían unos 9.000 hombres fuertes y aguerridos. En cuanto al ejército activo, debía reducirse, tres semanas después de la derrota, á unos cuantos depósitos de la guardia imperial, á cinco ó seis mil hombres muy mal instruídos, pertenecientes á las armas de artillería y de ingenieros y á cuatro ó cinco mil del 14.º cuerpo (7). En el entretanto, había regresado del campamento de Chalóns la guardia móvil del Sena que, con un efectivo de trece ó catorce mil hombres, se hallaba concentrada en Saint-Maur. Posteriormente habían de llegar por los ferrocarriles otros batallones de guardias móviles que en gran número enviarían las provincias; y finalmente, la guardia nacional sedentaria, que en 13 de agosto se componía de 30.000 hombres, debía alcanzar á fin de mes la cifra de 80.000 (8).

No menos solicitud se dedicaba al abastecimiento de la capital, tarea que incumbía al ministro de Comercio, Clemente Duvernois; el plan de éste consistió en reunir toda clase de provisiones para dos meses, á lo que se agregaría lo que trajeran comerciantes y particulares. Siguiendo el consejo de Thiers, el gobierno procuró traer á París los trigos de los departamentos vecinos, con lo cual se lograría la doble ventaja de producir la abundancia en la capital y la carestía en los lugares que ocupasen los enemigos (9); y á este efecto se pasó un aviso á los cultivadores de la región que rodea París, invitándoles á enviar á la ciudad sus granos y sus forrajes que podrían almacenar gratuitamente ó cederlos al Estado, que los compraría (10). A Bretaña y, so-

(5) *Enquête parlementaire sur le gouvernement de la Défense nationale*, declaración del almirante Rigault de Genouilly, página 142.

(6) Vicealmirante de la Ronciere le Noury, *La Marine au siège de Paris*, pág. 7.

(7) Véase el relato del Sr. Chaper, págs. 11-13.

(8) *Journal officiel*, 29 de agosto de 1870.

(9) *Enquête parlementaire sur le gouvernement de la Défense nationale*, declaración de Clemente Duvernois, pág. 217.

(10) *Journal officiel*, 27 y 29 de agosto de 1870.

(1) General Vinoy, *Opérations du 13.º corps*, págs. 1-11, 18 y siguientes.

(2) Véase general de Palikao, *Un ministère de vingt-quatre jours*, págs. 123-124.

(3) *Enquête parlementaire sur le gouvernement de la Défense nationale*, relato del Sr. Chaper, pág. 22.

(4) Relato del Sr. Chaper, págs. 19 y siguientes.

bre todo, al Maine y a Normandía pedía la capital sus principales recursos en carnes, salazones y géneros alimenticios de toda especie. A causa de un lamentable retraso, hasta el 20 de agosto no se hicieron a la Compañía de Orleáns los primeros requerimientos; pero en los días siguientes los transportes se efectuaron con toda regularidad. Las únicas dificultades fueron las de la llegada, pues las diversas administraciones públicas, tales como departamentos de la guerra y del comercio y ciudad de París, daban á veces órdenes contradictorias, originándose de ello intermitencias, retardos de entrega y perjuicios en las mercancías. Hasta el momento de formalizarse el sitio, las líneas de Normandía habían de introducir en París 14.000 vagones de viveres y más de 67.000 cabezas de ganado (1).

A los alistamientos militares y á los preparativos del sitio se unían las medidas de toda clase impuestas por las circunstancias. Una ley de 21 de julio había autorizado un empréstito de 500 millones, suma que se elevó á 1.000 millones en virtud de una nueva ley de 12 de agosto. En las regiones oficiales y entre la gente de negocios existía el temor de que el exceso de perturbación descorazonara al público, y de que la emisión, por ventajoso que fuera el tipo á que se ofreciese (2), no quedase cubierta; así es que no se omitió ningún medio para mantener la confianza y los más autorizados economistas unieron sus consejos á los de los publicistas oficiosos: «En 1814 y en 1815, en 1830 y en 1848, decía León Say, muchas familias de París y de provincias hicieron la fortuna que hoy poseen empleando sus ahorros en papel del Estado (3).» Abierta la suscripción por 758 millones el día 28 de agosto, el resultado de la misma echó por tierra las previsiones pesimistas.

Dado lo excepcional de la crisis, juzgóse oportuno destruir algunas de las máximas que rigen en materia de crédito público: así una ley de 12 de agosto dió curso de moneda legal á los billetes del Banco de Francia y autorizó la emisión de billetes pequeños hasta de 25 francos; fijóse el máximo de las emisiones primero en 1.800 millones y luego en 2.400; y en 13 de agosto el Cuerpo legislativo prorrogó por un mes el vencimiento de los efectos de comercio y prohibió todo procedimiento contra los que habían sido llamados al servicio de las armas.

Mientras en el Palacio Borbón se votaban estas medidas de carácter económico y financiero, el gobierno dictaba, en virtud del estado de sitio, varios decretos de policía: uno de los principales tenía por objeto alejar de París á todos los súbditos alemanes, á cual efecto disponía que dentro de un plazo de tres días se les obligaría á salir de la capital ó á retirarse á uno de los departamentos situados al otro lado del Loira (4). En el entretanto, una previsión solícita cuidaba de poner en salvo nuestras más preciosas riquezas: los mejores cuadros de las galerías del Louvre fueron descolgados y enviados á Brest, metidos en cajas como cadáveres en

(1) Jacquin, *Les chemins de fer pendant la guerre de 1870*, páginas 159-160.

(2) Los títulos eran de 3 por ciento de interés al tipo de 60'60 francos.

(3) *Journal des Debats*, 22 de agosto de 1870.

(4) *Journal Officiel*, 29 de agosto de 1870.

sus ataúdes; al mismo punto fueron expedidos los diamantes de la corona, una parte del numerario del Banco y las banderas de los Inválidos (5).

II

He abreviado la enumeración de las medidas que durante aquel triste mes de agosto se adoptaron, porque no debiendo surtir sus efectos hasta la última parte de la guerra y no correspondiendo ésta ya al *Segundo Imperio*, he de acortar forzosamente el prefacio de un libro que no me corresponde escribir. Al mismo tiempo que atendían á la defensa, los consejeros de la regente tenían la misión de asegurar el orden interior y la dinastía. En la crisis en que nos hallábamos comprometidos existía una triple dificultad engendrada por las intrigas de los enemigos, la disgregación de los amigos y la sobreexcitación de la opinión pública.

Los enemigos eran los revolucionarios. Desde hacía dos años, los periódicos demagógicos exaltaban las pasiones; las reuniones públicas suscitaban tribunos, y la *Internacional*, completamente apartada de su primitivo objeto, proporcionaba las masas; por fortuna la vanidosa ineptia de los jefes, sus rivalidades y el saludable terror del Imperio contenían las explosiones. Existían numerosas organizaciones, pero embrionarias é infantiles; pecábase mucho, pero de pensamiento, con deseos más que con actos, y los odios se evaporaban en conspiraciones criminales y cándidas llevadas al punto preciso en que la policía, al descubrirlas, ganaba honra y provecho. Tal había sido, por ejemplo, el complot Beaury (6) que el tribunal supremo de Blois juzgaba en aquel entonces: las sesiones de este proceso habrían sido altamente instructivas, pero en medio de las emociones de la guerra, ¿quién no había olvidado á Beaury y á sus oscuros cómplices? A todo esto, las derrotas del 6 de agosto habían agitado fuertemente todas las almas demagógicas, ocurriendo en muchas grandes ciudades comienzos de sedición. En Marsella, en la tarde del 7 de agosto, algunos grupos tumultuosos, presididos por un abogado llamado Gastón Cremieux, se dirigieron á la prefectura en demanda de armas; el prefecto les contestó, con mucha oportunidad, que la petición era justa y que inmediatamente se distribuirían fusiles á los que se alistaran; mas como no era esta la respuesta que querían, los manifestantes volvieron á congregarse al día siguiente y rechazados de nuevo en la prefectura, invadieron las Casas Consistoriales (7). En Lyon, el 13 de agosto, un tal Lentillon, notario de Thurins, medio fanático, medio trastornado, subió á la Croix-Rousse, convocó allí una reunión y declaró derribado el Imperio é instaurada la República. La fuerza pública fué recibida con gritos de «¡abajo el Imperio! ¡al Ródano la policía!» y en la lucha que se entabló resultó un gendarme muerto y heridos ó contusos seis agentes ó gendarmes. El mismo día se restableció la calma material, pero no la tranquilidad de los espíritus. Un magistrado animoso, el Sr. Berenger, esforzóse en reunir á la gen-

(5) *Enquête parlementaire sur les actes de la Defense nationale*, declaración Rigault de Genouilly, pág. 133.

(6) Véase el libro XXXVIII, cap. III.

(7) Primer consejo de guerra de Marsella (audiencias de 27 y 28 de agosto). Véase *Le Droit*, 2 de septiembre de 1870.

te de bien para la defensa del orden; pero su intento fracasó: «Todavía no tenemos la República francesa, decían los más previsores, pero tenemos ya la República lionesa.»

En la capital, que en un principio había permanecido tranquila, hubo también una tentativa de sedición, que si bien no fué más que una botaratada, constituyó un audaz golpe de mano: en la tarde del domingo 14 de agosto, mientras la población paseaba tranquilamente, un grupo de hombres armados se dirigió al cuartel de los zapadores-bomberos de la Villette, y sorprendiendo á los que estaban de guardia, hirieron de una puñalada al centinela y de tres tiros á un bombero. Acudieron los agentes de orden público, y uno de ellos fué muerto y otros tres quedaron heridos de gravedad, y un niño de cinco años que pasaba por la calle recibió un balazo en el pecho que lo mató instantáneamente. Cuando ya los habitantes indignados ayudaban á los agentes, presentóse un destacamento de la guardia municipal, dispersándose entonces los insurrectos, que dejaron en el sitio de la lucha varias pistolas y puñales de forma singular. Aquel día y los siguientes practicáronse numerosas detenciones. Uno de los principales jefes de aquel grupo sedicioso se llamaba Eudes y había de figurar más adelante en la *Commune* (1).

Estas locas tentativas, estos complots criminales eran poco temibles. Tarea más difícil y sobre todo más delicada había de ser mantener en un haz sólido á todos los que desde hacía diez y ocho años sostenían el Imperio.

Donde más se notaban las vacilaciones era en el Palacio Borbón. ¡Qué análisis sutil podría indicar las disposiciones complejas de los diputados hasta entonces tan débiles! No podía decirse que fuesen infieles; lejos de esto, hacían punto de honor no abandonar el infortunio, y si se acordaban del Cuerpo legislativo de 1814 era con el propósito de no imitarlo; pero, por más que hiciesen para fortalecer su confianza, no lograban resucitar su fe muerta. A la luz de los recientes sucesos se les aparecían todas las antiguas faltas, y su tristeza se mezclaba con remordimientos, porque, hombres en su mayoría dotados de buen sentido, habían vislumbrado los errores y no se perdonaban que su energía no hubiese igualado á su perspicacia; y como en todo interviene la vanidad, hasta llegaban á figurarse que habían discernido claramente lo que sólo á medias habían penetrado, y la idea exagerada que á *posteriori* se formaban de su sabiduría, aumentaba su arrepentimiento. Aunque desengañados del Imperio, querían ante todo no caer en la revolución; así es que, por deseo de orden tanto como por respeto al juramento, apoyarían el régimen en el cual habían dejado de creer; pero, dado que todo estaba invertido, dirigirían en vez de dejarse dirigir, y aun á riesgo de incurrir en una usurpación, se constituirían en tutores de aquellos que decididamente necesitaban un guía. Así pensaban, creyéndose muy discretos y no dudando de que eran tanto como discretos enérgicos. Pero, ¿cuán grande es el despotismo que el hábito ejerce sobre las almas acostumbradas á la obediencia! Cuando los espíritus creían haberse afirma-

(1) Véase *Gazette des Tribunaux*, 21, 24, 29 y 30 de agosto de 1870.

do en la independencia, la timidez, apoderándose nuevamente de ellos, suspendía las palabras y paralizaba las resoluciones. Además, por un sentimiento de honor, repugnábales alzarse contra el Imperio debilitado después de haberse inclinado con tanta humildad ante el Imperio omnipotente; y el escrúpulo de ofender á una dama y de provocar una crisis ministerial acababa de amortiguar todo impulso de energía. Sin embargo, las vacilaciones eran tan continuas, que los proyectos se retiraban para reproducirse luego llevando impreso el sello de la veleidad. En el fondo hubiérase querido una división de poderes, pero con la condición de que la misma regente se prestara al despojo. En el entretanto el mayor atrevimiento era dejar sin murmurar que la izquierda hablase; y esta novedad no dejaba de ser muy extraordinaria, por cuanto aquel silencio, contrastando con las costumbres pasadas, revestía á veces las apariencias de aquiescencia.

Todos los proyectos, todas las votaciones se resistieron de estas contradicciones. Ya hemos visto cómo en 9 de agosto, bajo la primera impresión de la derrota, Julio Favre se había atrevido á insinuar la idea de la destitución del emperador. El 22, el Sr. de Keratry pidió que se agregasen al consejo de defensa nueve diputados elegidos por la Cámara, proposición que sin ser facciosa era anticonstitucional porque inmiscuía al poder legislativo en las atribuciones ejecutivas; entonces se reveló la voluntad de los diputados de invadir el terreno que no les pertenecía, pues votaron, aunque no sin vacilar, la urgencia de un proyecto que parecía requerir el planteamiento de la cuestión previa. Palikao protestó amenazando con una crisis ministerial y la Cámara reunida en secciones acabó por declararse contraria á la proposición; después de la emancipación reaparecía la obediencia, pero á su vez la sumisión quedó inmediatamente atenuada. En efecto, los diputados, dispuestos á rechazar el proyecto, buscaron una solución intermedia, y bajo esta impresión fué nombrada la comisión que demostró acto continuo su independencia designando ante todo para el cargo de ponente á Thiers. Este solicitó un plazo, con la esperanza de llegar á una inteligencia, y transcurrieron dos días en negociaciones. La comisión propuso reducir de nueve á tres el número de los miembros que debieran elegirse; pero el ministerio, indiferente á esta cuestión de detalle, rechazó la combinación, y rechazó también la enmienda del señor Glais-Bizoin según la cual el Cuerpo legislativo nombraría un comité de nueve individuos que se pondría en relaciones con el comité de defensa. Todo lo que el general Palikao quería conceder era que el gobierno escogiera por sí mismo tres diputados que se agregarían al comité, dando á entender que uno de los escogidos sería Thiers. El día 24 leyó éste su dictamen redactado en muy pocas líneas: la comisión rechazaba por unanimidad la proposición Keratry, bien que recalando que el motivo principal de ello era el temor de una crisis ministerial: 206 votos contra 41 ratificaron estas conclusiones. Vencía el espíritu de disciplina; pero ¿seguiría prevaleciendo en lo sucesivo? Tres días después, habiéndose dictado un decreto por el cual quedaba Thiers agregado al comité de defensa, la Cámara prorrumpió en prolongados aplausos como si quisiera confiscar el acto gubernamental y substituirlo con un man-

dato superior conferido por virtud de sus aclamaciones. Después se reprodujeron las tentativas de intrusión bajo distintas formas. Si la Cámara se hubiese mantenido dócil como antes, habría prestado, á falta de otro, el servicio de no dificultar nada; si resueltamente hubiese invadido las atribuciones del poder ejecutivo, habría robustecido la regencia con todo el crédito que había conservado la oposición moderada. Pero para lo uno faltábale la plena confianza y para lo otro la audacia absoluta; de aquí, perpetuas oscilaciones entre una independencia tímida y una obediencia sin fe. Y esta situación debía prolongarse hasta el día en que los acontecimientos, más fuertes que todas las combinaciones de detalle, pusieran de acuerdo, humillándolos bajo el peso de la misma impotencia, á la regencia, al Cuerpo legislativo y á cuanto quedaba del Imperio.

En medio de esta relajación de todas las energías, el estado de los ánimos añadía á la confusión universal un aumento singular de perturbación y de dificultades.

No hay pluma capaz de describir aquel mes terrible. Las noticias eran esperadas con ansia febril, y el pueblo, necesitado de ídolos como todos los pueblos desgraciados, se había forjado uno, «el glorioso Bazaine,» y se esforzaba para convencerse de que éste repararía los reveses de Wissemburgo, de Froeschwiller y de Forbach. En esta espera angustiosa transcurrieron los días medios del mes de agosto, y entonces fué cuando circularon las grandes fábulas, tales como las que suponían á los coraceros blancos acuchillados hasta el último soldado y á los prusianos exterminados en las canteras de Jaumont. Y tornándose las leyendas en melodramas, hablábase también de príncipes prusianos muertos, y cuyos ataúdes, cubiertos de paños bordados en plata, habían sido vistos cuando cruzaban por entre las líneas enemigas. A estas informaciones sensacionales sucedió un largo silencio, como si los que allí lejos combatían estuvieran ya incomunicados con la patria. El 21 de agosto el *Journal Officiel* confesó que los alambres telegráficos estaban rotos y que desde hacía dos días no se recibían noticias de Metz, añadiendo que sin duda el plan de Bazaine no había dado aún resultados. Ante esta confesión, los que ya estaban inquietos sintieronse completamente abatidos. En el entretanto, Trochu se había instalado en el Louvre, y el pueblo parisiense, que á toda costa quería un salvador, le hizo también su ídolo. El enemigo se aproximaba; la compañía del Este había limitado su servicio el día 14 hasta Commercy y el 16 hasta Bar-le-Duc, y los periódicos señalaban día por día los progresos de la invasión denunciando la presencia de los prusianos en Saint-Dizier y en Wassy y luego en la región de Chalóns. El 23 los trenes no pasaron de Epernay; el 25 se prolongaron hasta Chalóns; el 26 quedaron de nuevo interrumpidos y el 27 reanudaron su servicio (1). Cuando se presentaba en público el ministro de la Guerra, inmediatamente todas las miradas se fijaban en su rostro para ver si reflejaba confianza ó alarma, y él, con un acento impropio, pues queriendo aparentar calma resultaba fanfarrón, recitaba con estudiada negligencia

(1) Jacquin, director de los ferrocarriles del Este, *Les chemins de fer pendant la guerre de 1870*, págs. 153-154.

fragmentos de despachos, decía pocas palabras, parecía reservarse muchas y al fin se encerraba en una especie de presuntuoso silencio que tomaba un carácter de discreción estratégica. Pero cuando los espíritus se habían reanimado un poco, venían recortes de periódicos procedentes de Bruselas ó de Londres que presentaban á Bazaine sitiado, Estrasburgo bloqueada y á los prusianos en el corazón de la patria. Las gentes se acostumbraban paulatinamente á la idea del sitio, sin grandes esfuerzos y sin gran temor, porque la inquietud desaparecía en la inmensidad del asombro. Pero Mac-Mahón se encontraba en Champaña con su ejército y este nombre infundía alientos y esperanzas, pues ¿qué no podría hacer, ora retirándose á París, en donde encontraría á Trochu, ora avanzando hacia Metz, en donde se juntaría con Bazaine?

Como la inquietud no permitía el reposo, toda la vida se desbordaba en las calles y el tiempo se consumía en un movimiento continuo que con la actividad física disimulaba la angustia de la espera. Las alcaldías veíanse sitiadas por gentes que pedían armas, y á los ministerios y al palacio del gobernador afluían los diputados que daban consejos, los periodistas que iban en busca de noticias y los padres y las madres inquietos por sus hijos, después de los cuales venían todos los que acechaban una ocasión de realizar algún negocio ó de lograr algún provecho. Los inventores desfilaron sin cesar por los centros oficiales: unos proponían bombas explosivas ó asfixiantes; otros corazas de un modelo inédito; éste había encontrado el secreto del fuego griego; aquél se ofrecía á dirigir globos aerostáticos. Los valores de la Bolsa habían perdido poco á poco todo lo que podían perder, y si de cuando en cuando experimentaban un alza á consecuencia de rumores de alguna buena noticia, no tardaban en bajar de nuevo. En las antecámaras se introducían solicitantes de acento extranjero y aspecto un tanto sospechoso: eran los que buscaban contratos para el suministro de armas, víveres ó municiones; y como faltaba tiempo para discutir sobre los precios y para asegurarse de la moralidad de los contratistas, se cometían errores que más adelante se habían de poner de manifiesto con una severidad que no siempre tendría en cuenta los obstáculos. En la ciudad se notaba un vaivén continuo, producido por los que partían huyendo del sitio y por los que llegaban para fortificar la defensa. Todas las estaciones ferroviarias vomitaban soldados aislados, alistados voluntarios, franco-tiradores y sanitarios; y los ojos, acostumbrados á los uniformes elegantes hechos tanto para coquetear como para combatir, contemplaban con pasmada sorpresa los sayos rudimentarios, los zapatos grandes, las prendas de uniforme echadas sobre unas ropas de paisano. Los que no habían podido proporcionarse otra cosa indicaban siquiera con el kepís su nuevo estado. Los caminos que conducían á los fuertes, antes desiertos ó ignorados, se animaban, y la gente aprendía los nombres de obras de fortificación junto á las cuales había pasado hasta entonces sin mirarla siquiera. ¿Quién había de decir que un día pudieran servir de algo? El espectáculo de la gran ciudad que se transformaba era un espectáculo inaudito que nadie hubiera podido imaginarse nunca y que no se había de reproducir jamás. El Campo de Marte ofrecía

el aspecto de un campamento; por la parte de Grenelle se extendía un parque de mulos; en las inmediaciones de la capital caían corpulentos árboles derribados á hacazos, y allí donde hacía poco se alzaba un cortinaje de verdura alzábanse empalizadas de puntiagudas estacas. Al través del Bosque de Boloña veíanse vagar, desorientados y hoscos, algunos bueyes blancos, y la curiosidad movía á las gentes á dar largos paseos, en los cuales el deseo de distraerse se mezclaba con la ansiedad y los ojos se penetraban de todas esas imágenes. Sin embargo, si los pensamientos se detenían en París, era para desde aquí volar al teatro de la guerra, y todo el mundo habría querido precipitar la marcha de las horas y salvar las distancias. ¿A quién había de creer, á Trochu, que en el Louvre no se recataba de publicar las malas noticias, ó á Palikao, que con palabras incoherentes y obscuras parecía presagiar aún el éxito?

Nada trastorna tanto la naturaleza como los choques de la consternación y de la esperanza. La excesiva excitación nerviosa hacía que no se vieran las cosas tales como realmente eran, y los espíritus, á la vez tensos hasta romperse y debilitados, flotaban á merced de la credulidad y de la pasión. La guerra había sido precipitada al modo de un desatino y continuaba teniendo algo de la exaltación de la cual había surgido; lo que la vanidad se negaba á explicar por causas naturales tomaba el aspecto de maleficio, y las gentes, instintivamente y algo al azar, aspiraban á precipitar á alguien, á romper alguna cosa para que la suerte cambiara, en la creencia de que las víctimas se llevarían consigo la fortuna adversa. La misma candidez sobreexcitada que creía en sortilegios acogía los rumores de traición, y á dar crédito á lo que se decía en los discursos populares, Leboeuf, Frossard y Faily habían sido unos traidores; el único contra quien no se lanzaba esta acusación era Bazaine. Al mismo tiempo arraigaba en la opinión pública otra idea, la de un espionaje universal: todo el mundo soñaba con espías, y espías se veían en todas partes; espía era todo el que hablaba un idioma extranjero, aunque fuese el inglés ó el español; espía el primero á quien por la calle denunciara como tal cualquier granuja bromista; espía el provinciano que miraba un plano ó se extraviaba lejos de su fonda; espía aquel cuyo nombre tenía una desinencia germánica. La necedad que de todo sospechaba trataba de reparar aquella otra necedad que en otro tiempo no sólo lo había enseñado todo, sino que aun se había anticipado á todas las curiosidades. Y la verdad es que, durante el mes de agosto, los periódicos judiciales sólo mencionan, á lo menos en París, un proceso de espionaje: un alemán llamado Harth (con este nombre fué por lo menos identificado) fué detenido, sometido á un consejo de guerra, condenado á muerte y fusilado.

Este desasosiego, hijo de la humillación, de la turbación y de la cólera, habíase propagado á las provincias. También en ellas creíase la gente rodeada de enemigos, habiendo sido allí detenidos como espías un día un anciano maestro que miraba un poste kilométrico, otro un pescador de caña á quien un guardia había denunciado, otro un excursionista que leía un libro inglés y finalmente gran número de sacerdotes y de monjas. Nada hay tan violento como el miedo; así es que aquellos á quienes dominaba un temor excesivo

buscaban instintivamente culpables: un diputado de la oposición, el Sr. de Estournel, que había regresado á su departamento, fué amenazado y atropellado, por ser, según decían, de los que habían obligado al emperador á declarar la guerra después de haberla hecho imposible con la no aprobación de los créditos; en el Mediodía se acusó á los protestantes de ser cómplices del enemigo; y en otras partes se presenciaron accesos de cólera irreflexivos, brutales, ciegos, que desconciertan toda lógica. En una porción del Sudoeste hubo tentativas de *jaquería*, una explosión de *bonapartismo revolucionario*: una increíble calumnia designó al clamor público á los nobles y á los sacerdotes, de quienes se decía que eran responsables de las derrotas, afirmandose que un legitimista que había vendido dos granjas lo había hecho para entregar su importe á los prusianos, y que un orleanista guardaba en su castillo millones para el enemigo (1). En Limoges fué saqueada una tienda de armero (2); en Périgueux lo fué el gran seminario (3), y en Agen una turba asaltó el convento de los Carmelitas. La envidia explotó el rumor de que los ricos se librarían del servicio de las armas, y las pasiones seguían su camino bajo la doble protección de la ignorancia y del odio. El 16 de agosto, en la feria de Haute-Faye, en la Dordoña, un joven, el Sr. de Moneis, vióse atacado por un grupo de unos cuarenta energúmenos que le golpearon brutalmente y le martirizaron durante tres horas; la debilidad del alcalde y la timidez de las personas pacíficas dejaron en completa libertad de acción á aquellos furiosos. «Es un prusiano, decían unos, y es menester asarlo.» «Ya no hay leyes, gritaban otros, y ahora se puede matar á un noble lo mismo que un pollo.» Y aunque parezca mentira, había quienes añadían: «El gobierno nos dará un premio.» Al fin el infeliz fué arrastrado hasta una laguna desecada, cubierto de leña y quemado vivo. ¿Y cuál era el crimen del Sr. de Moneis? Ser legitimista y haber gritado un primo suyo, según decían: «¡Abajo el emperador (4)!»

III

A las preocupaciones de la guerra y del gobierno interior se añadía la de conservar en el exterior las pocas amistades que no nos habían abandonado.

Al llegar á este asunto hemos de retroceder algo, decir qué combinaciones se habían imaginado al principio de la lucha y señalar la dura condición á que nos habían reducido nuestros reveses.

En los primeros días de las hostilidades, el conde de Beust había concebido el proyecto de un documento secreto de inteligencia entre Austria-Hungría é Italia, en el cual ambas potencias estipularían la neutralidad armada; y una vez terminados sus preparativos, concertarían todos sus actos ulteriores, convirtiéndose, ó pudiendo á lo menos convertirse, la alianza en una cooperación efectiva en provecho de Francia.

Esta proposición era simplemente consecuencia de

(1) Véase *Le Temps* de 24 de agosto de 1870.

(2) Véase *Le Courrier du Centre* de 11 y 12 de agosto de 1870.

(3) Véase *Le Périgord* de 10 de agosto de 1870.

(4) Tribunal de assises de la Dordoña, sesión extraordinaria, audiencia de 13 de diciembre de 1870 y días siguientes.